

antiguos y volvió a Córdoba con la *Eucida*, de Virgilio, y *La Ciudad de Dios*, de San Agustín, entre otras obras.

Escribía San Eulogio con estilo «encendido y vehemente» acerca de materias teológicas y apologeticas, como el triunfo de los mártires, por ejemplo, el *Memoriale Sanctorum*, el *Documen-tum Martyriale* y el *Apologeticum Sanctorum Martyrum*; pero no por ello olvidaba sus aficiones clásicas, imitando a los historiadores y oradores antiguos, por lo cual le felicitaba su amigo Alvaro Cordobés, que opinaba que se acercaba «al lácteo estilo de Tito Livio, al ingenio de Demóstenes, a la facundia de Cicerón y a la elegancia de Quintiliano». En la cárcel se entretenía en componer «nuevos géneros y maneras de versos que en España no se habían visto».

Varias veces estuvo en prisión; pasada una de las persecuciones, fué electo obispo de Toledo, pero no llegó a ocupar la silla metropolitana, y vino a morir degollado a Córdoba, junto con cierta virgen, llamada Leocricia, el año 859.

Esta persecución no debió ser solamente en Córdoba; pero no se conocen datos concretos de otras regiones, aunque se sabe por San Eulogio del martirio de las Santas Nunila y Alo-dia en la Rioja. Aunque la mayor parte de los cristianos resistió y continuó viviendo en su antigua religión, fueron muchos los que se convirtieron a la fe musulmana y olvidaron la fe católica y la lengua latina, hasta descollar en la cultura arábiga.

Mencionaremos entre los pocos y no muy brillantes escritores mozárabes al abad *Spera-in-Deo*, que escribió una refutación contra ciertas teorías heréticas, contrarias al dogma de la Santísima Trinidad, y un *Apologetico contra Mahoma*, ninguna de las cuales se conserva.

Tal vez el más importante literato mozárabe sea Alvaro Paulo, llamado Alvaro Cordobés, que escribió una *Confesión* parecida a la de San

Isidoro; un *Libro de Cartas* a distintas personas, entre ellas el renegado Bodo Eleázaro, cristiano alemán convertido al judaísmo, que fué por algún tiempo azote de los mozárabes cordobeses, quienes llegaron a pedir al emperador Carlos *el Calvo* le hiciese reclamar; la *Vida de San Eulogio*, por la que se conocen muchos detalles de las costumbres de los mozárabes de la época, y el *Indiculus luminosus*, su obra más importante, que defiende la causa de los mártires contra los que proclamaban que el martirio voluntario no era lícito, y ensalza la lengua y la cultura latinas, rechazando a los cristianos tibios que poco a poco iban adoptando la lengua y la cultura de los invasores musulmanes.

Habremos terminado la historia de los escritores mozárabes si añadimos los nombres de Elipando de Toledo, hereje adopcionista; de Juan Hispalense, de Vicente, de Samuel, de Cipriano, arcipreste de Córdoba, y de Leovigildo, autor de la obra *De habitu clericorum*.

No se puede asegurar que esta cultura mozárabe, descendiente directa de la isidoriana, y casi reducida a libros de apologética y teología y a controversias con los infieles y los herejes, influyese en la cultura posterior de los musulmanes andaluces. Consta, en cambio, que los mozárabes, aun conservando su particular dialecto romance, aprendieron el árabe y adoptaron las costumbres de los invasores, se vistieron como ellos y tomaron sus nombres. Con el tiempo, como los hijos de los cristianos estaban obligados a asistir a escuelas musulmanas, llegaron casi a desaparecer los cristianos. Se pueden considerar, pues, como españoles a los musulmanes andaluces, ya que los árabes vinieron en corto número, y rápidamente se mezclaron con los vencidos.

Han hecho la historia de los mozárabes y la biografía de sus principales personajes: F. J. Simonet, Menéndez Pelayo, Dozy, Fray Justo Pérez de Urbel, Gómez Moreno y otros.